

# **Envidia y Narcisismo**

## **La pulsión y sus inscripciones**

Horacio Rotemberg

### **Introducción**

¿Cuáles son las herramientas metapsicológicas que pueden facilitar la articulación de estos cuatro factores conceptuales presentes en el título de este trabajo?

¿Por qué los aportes teóricos surgidos desde diversas corrientes psicoanalíticas no llegan a integrarse en una concepción que los abarque en un conjunto posible?

El concepto de pulsión y el de narcisismo han tenido expansiones teóricas en diversos autores post-freudianos. Algunos de estos autores sostienen la base pulsional-libidinal del narcisismo. Otros desagregan al narcisismo de su base psicosexual.

La envidia, estado afectivo que, en un determinado momento, operó como una pieza clave en el desarrollo de las ideas de la escuela inglesa no ha adquirido el mismo valor dentro de otras corrientes de pensamiento psicoanalítico.

Mi perspectiva es que la articulación de referentes teóricos de diverso origen amplía los márgenes comprensivos dentro de la práctica clínica.

Esta tarea articuladora implica atravesar metapsicológicamente aquellas brechas imaginarias que, convalidadas por la noción de lo inconmensurable, dificultan la integración del pensamiento creativo que circula por las distintas corrientes teóricas.

Esta tarea, a mi entender, es posible si la base conceptual del psicoanálisis sigue sostenida por los paradigmas freudianos del inconsciente y de la psicosexualidad.

## **La pulsión y su inscripción**

En la teoría freudiana el término pulsión opera como un factor teórico que atraviesa toda su meta-psicología. Este término actúa como una categoría comprensiva estable que da referencia y sentido al conjunto de la obra.

Freud aporta tres claves en su definición: a) Concepto límite entre lo anímico y lo somático. b) Exigencia de trabajo para el aparato psíquico. c) Una tendencia a la ligadura libidinal en el momento que esta exigencia es adscripta al eros.

La energía pulsional de origen somático se inscribe en la psique trasladando su exigencia al registro de lo vivencial el que, de ahí en más, determina sus metas y sus sentidos.

Esta inscripción vivencial transforma la tensión de necesidad dando lugar en la teoría al campo conceptual de la psicosexualidad.

La pulsión, en su siempre renovada insistencia, complejiza las ligaduras fijadas siendo el motor de las sucesivas transformaciones estructurales de lo anímico.

La acumulación de experiencias diversifica las trazas de memoria teniendo como punto de partida los registros desiderativos y traumáticos, base inicial del Inconsciente tópico.

El imperativo pulsional - en este proceso acumulativo - establece, sostiene y modela distintos modos de ser que se manifiestan en múltiples expresiones de sentido.

La pulsión, en su vertiente erótica, se expresa en la psique a través de un conjunto diversificado de representantes. La pérdida de esta ligadura da lugar a la irrupción en la psique de un más allá de la representación. El concepto de los fines pulsionales tanáticos es el que da cuenta teórica de esa situación desestructurante.

La pulsión, en ese conjunto de tendencias contrapuestas en el que opera, se encarna vivencialmente en la intensidad afectiva que sus representaciones (cosa-palabra-objeto-imagen de sí) adquieren para un sujeto determinado.

Estos representantes pulsionales, al asimilar libidinalmente la experiencia de los distintos acontecimientos vividos, construyen realidad psíquica, realidad consensual, realidad fáctica y ponen en juego los sentidos que sostienen la existencia psíquica.

El concepto de pulsión es denso y se despliega en sus significantes.

Para preservar su densidad explicativa es conveniente estar atento tanto a la tentación de descartarlo como a la de reificarlo.

## **El narcisismo**

Freud, en un determinado momento de su conceptualización teórica, ubica el término narcisismo en la escena del desarrollo libidinal psicosexual.

El narcisismo, al ser introducido, establece una nueva meta para la pulsión; la re-encausa, le fija un nuevo destino.

En los comienzos teóricos fueron las zonas erógenas las condicionantes del flujo libidinal siendo este flujo el promotor de los diversos movimientos desiderativos que buscan aprehender aquel objeto - fuente de placer - fijado, añorado e inasible. La impronta de esta fijación generará un predominio relativo de diversas dimensiones caracterológicas que expresan conductualmente el destino desiderativo/pulsional subyacente: avidez, dominio-control, rivalidad.

Lo oral, lo anal, lo fálico orientan la circulación del deseo.

En esta primera época, la de los “Tres ensayos...”, la teorización freudiana sobre el yo es acotada y sus referencias al mismo lo contraponen a la dinámica del topos inconsciente recientemente delimitado.

El yo tiene su sede en el Prec.; se sostiene y modula desde el principio de realidad; opera desde el proceso secundario; su energía no es libidinal.

En el “Proyecto...” (1895, p. 368), no obstante, figura una definición de yo que va a adquirir un nuevo sentido con la introducción del narcisismo: “El yo es un conjunto de huellas mnémicas establemente catectizadas”. Esta perspectiva comienza a gestar el basamento tópicamente inconsciente del yo.

Al introducirse explícitamente el narcisismo en 1914 el yo pasa a ser una entidad sostenida por catexias sexuales. El narcisismo adviene como un particular acto psíquico que libidiniza y da entidad erótica al yo que se transforma, para sí mismo, en objeto de amor.

Este objeto, investido libidinalmente, adquiere una entidad en la estructura psíquica que posee hondas raíces inconscientes.

Este yo, cohesionado eróticamente, es quien deberá lidiar, de ahí en más, con los diversos movimientos desiderativos previos y posteriores a su constitución. Se inicia entonces una compleja dialéctica entre narcisismo y deseo que dará lugar a diversos procesos de transformación e integración libidinal gestores de subjetividad. Estos procesos, si son fructíferos, promueven mismidad y ésta, al afianzar el sentimiento de sí, permite la categorización y el reconocimiento de las cualidades objetales.

Este discurrir hacia la consolidación subjetiva está plagado de dificultades.

La libido narcisista, en ese movimiento que va dando forma y consistencia al yo inconsciente, atraviesa distintos avatares epigenéticos que delimitan, a mi entender, tres fases dentro de las transformaciones del narcisismo.

Luego de describir, en el año 14, el proceso de unificación narcisista propia del narcisismo primario Freud va a postular un estadio previo a esta unificación. En los años 30 describe un estado de narcisismo originario – denominado narcisismo primario absoluto en el “Esquema de Psicoanálisis” - el que deviene entonces la primera de las fases del narcisismo. En este estadio originario

la pulsión circula libremente ligándose débilmente a representaciones propias de un yo incipiente no organizado y no diferenciado plenamente del ello. Este narcisismo originario incluye prácticas autoeróticas en las que objeto y yo no se diferencian. Placer, displacer, atemporalidad, falta de categorización, movimientos desiderativos que integran parcialmente al yo a través de su realización: son las integraciones subjetivas parciales y efímeras las que definen a este estadio originario del narcisismo y del yo. Piera Aulagnier, en su propia conceptualización, describe un proceso originario que posee un modo representacional pictográfico. A mi entender esta autora se está refiriendo a esa dinámica constitutiva inicial que yo llamo del narcisismo originario siguiendo lo señalado por Freud.

A partir de este estadio narcisista desorganizado originario inicial la integración subjetiva narcisista ulterior surge de ese nuevo acto psíquico que define al narcisismo primario. A esta integración tanto Lacan como Winnicott la relacionan con los fenómenos propios de lo especular sostenidos por los mecanismos de identificación primaria. Este proceso cohesiona al yo y favorece paulatinamente el desarrollo del juicio de existencia dentro de la dinámica subjetiva. El yo unificado, en la medida que va reconociéndose en su propia identidad puede comenzar a reconocer la existencia de los objetos en su otredad y a vincularse con los mismos. Desde este nuevo umbral surge una tercera etapa narcisista que dará lugar a las transformaciones propias del denominado narcisismo secundario, divisible, a mi entender, en dos sub etapas: la pre y la post edípica.

Los primeros vínculos en los que se incluye el yo unificado están signados por el predominio de elecciones narcisistas de objeto. Éstas inauguran una dialéctica sujeto-objeto propias de la fase narcisista pre edípica. En esta dialéctica la presencia del otro, a la par que reasegura la propia existencia, la propia identidad, también la pone en cuestión. El destino libidinal narcisista, en esta nueva fase, atraviesa una etapa turbulenta de consolidación y asentamiento.

Para el sujeto, en estos contextos vinculares narcisistas pre edípicos la disyuntiva existencial que enfrenta es “ser o no ser”, “o él o

yo”, dominador-dominado, víctima-victimario, omnipotencia-dependencia invalidante.

En este narcisismo secundario pre edípico operan las denominadas identificaciones secundarias; identificaciones parciales, al rasgo, que inciden sobre la identidad básica previa consolidándola y transformándola.

Estas identificaciones secundarias acompañan la dialéctica rivalizante especular entre el yo y el semejante, propias de la etapa anal, en la cual el sujeto busca, además de convalidar su espacio y su imagen, controlar y poseer al objeto. Las sucesivas identificaciones al rasgo con el objeto rival y con los objetos primarios de amor van modulando paulatinamente ciertos matices caracterológicos. Al decir de Winnicott el sí mismo verdadero va nutriéndose de confianza y auto realización. El sentimiento de sí se consolida. La amenaza de desestructuración se mitiga. El yo se reconoce y se diferencia del otro en un devenir ambivalente que lo acerca y lo enfrenta al otro.

Dentro de la encrucijada edípica freudiana surge el contexto simbólico donde la resolución de este conflicto puede procesarse. Esta resolución provoca un cambio representacional y dinámico en la estructura que inaugura el narcisismo secundario post-edípico. En éste incide y opera estructuralmente el Ideal del yo/super yo. Esta instancia, heredera del Edipo, incluye un intrincado conjunto representacional resultante de identificaciones secundarias con ciertas funciones parentales. Las mismas, desde una dimensión simbólica, regulan la autoestima y el sentimiento de sí, regulación narcisista de acceso al placer que previamente dependía del vínculo con el objeto real. Este tipo de narcisismo secundario post edípico consolida el equilibrio subjetivo a la par que es causa de la voluta neurótica propia de la condición humana en la medida que el deseo resista su cauce.

La pulsión, en el narcisismo secundario post edípico, se asienta y enmascara en la estructura recorriendo intrincados circuitos representacionales responsables de diversos destinos subjetivos.

La pulsión sostiene y se expresa indirectamente en las configuraciones identitarias alcanzadas, en las conductas que éstas generan, en la ética que las sostienen, en los deseos que las alientan, en los enlaces amorosos y destructivos que entretejen.

La pulsión, en este esquema de desarrollo, se encauza tanto narcisística como desiderativamente.

La resolución edípica puede favorecer en el sujeto la integración fantasmática del deseo y un encuentro posible con el placer regulado por el principio de realidad en consonancia con ciertos ideales. También puede implicar la amenaza de un más allá de este principio lo que condiciona en el sujeto un sufrimiento que lo ubica frente a sus propios límites; en el límite de la angustia, de la desesperación, de la exaltación, de la depresión, de la actuación, de la autodestrucción, de la muerte.

Los avatares del narcisismo con sus diversas fijaciones participan condicionando uno u otro de dichos destinos.

## **La envidia**

La pulsión, por lo ya desarrollado, se singulariza por la intensidad de su fuerza y por las representaciones que le dan sentido. La pulsión es energía que exige una descarga que la encauce.

El cauce lo aportan los representantes representativos en tanto que los afectos orientan el rumbo emocional de las conductas. Los afectos califican emocionalmente los pensamientos y las fantasías y sancionan con pesares o alegrías lo realizado.

El afecto es aquella tendencia a la descarga (Freud), inicialmente al soma, que condiciona la vida emocional de todo sujeto. Esa tendencia se colorea paulatinamente con sensaciones que evocan placeres o placeres ya padecidos que se registran y se actualizan dentro de los avatares existenciales. La presencia de una tonalidad afectiva reminiscente impregna los diversos vínculos y acciones en las que el sujeto se realiza como tal.

La gama afectiva subjetiva posible es variada, con distintas coloraturas en la tonalidad placiente o displaciente que encarnan. La sensación emocional específica depende del tipo de estructura representacional promotora de aquellas reminiscencias singulares que impregnan las descargas afectivas concomitantes.

La envidia, como emoción, es la resultante de un complejo estado afectivo. Como todo afecto implica un determinado destino pulsional dentro de una determinada consolidación estructural desde un engrama representacional que condiciona diversas descargas conductuales y afectivas.

Por lo antedicho el envidioso, tal como acontece en la histérica, está afectado de reminiscencias.

Desde esta perspectiva el estado envidioso requiere, para su manifestación, de la existencia previa en el sujeto de una valoración de lo bueno y de lo malo; requiere de la operatoria de un juicio de existencia que le permita al sujeto una comparación entre el sí mismo y el otro; implica que en esta contrastación se evoque un malestar, un displacer, y que este malestar condicione la realización potencial de acciones destructivas que neutralicen la sensación displacentera.

Este complejo estado afectivo implica que el sujeto que lo experimenta ha superado el estadio del narcisismo originario; ha podido unificarse; ha categorizado los atributos que lo diferencian de otro sujeto y, como resultante de dicha contrastación, padece un intenso sentimiento de menoscabo personal y de violencia.

Es decir, el sujeto envidioso está fijado en el estadio del narcisismo secundario pre edípico, en claro conflicto con el semejante, atravesado por una dimensión emocional considerada universal por su frecuencia, la envidia. Esta perspectiva metapsicológica sobre la envidia da cuenta de un proceso de construcción afectiva que se contrapone a la idea de una envidia primaria.

Entre las acepciones de la envidia presentes en la literatura universal una de ellas subraya el sentimiento de menoscabo personal que experimenta quien la padece en presencia de aquello que el otro posee y él no posee. Otra acepción define a la envidia como



la intolerancia que un sujeto experimenta ante las bondades del otro y las conductas destructivas, denigratorias, que ese sentimiento genera hacia lo bueno en el otro.

Se puede relacionar la primera de las acepciones con la concepción freudiana de cómo opera la envidia del pene en la mujer. Para Freud la envidia del pene en la mujer genera sentimientos de inferioridad y de carencia que pueden inducir distintas elaboraciones posibles y no sólo una salida destructiva. A mi entender este tipo de menoscabo no depende sólo de las implicancias surgidas de la diferencia sexual anatómica.

La segunda acepción la entendemos como la expresión rigurosa de lo que es la definición kleiniana de la envidia. El sujeto envidioso, en esta acepción, se define por el ataque destructivo, con recursos diversos, a lo bueno del otro, ataque promovido por la bondad misma percibida como tal.

Estas dos dimensiones que han sido adscriptas al sentimiento envidioso se manifiestan en la práctica clínica. El setting analítico establece un escenario en el que ciertos sujetos caen en un estado emocional de menoscabo personal, de carencia, frente a la percepción o a la atribución de lo bueno en el semejante mientras que en otros sujetos, ante la misma percepción-atribución aparece la tendencia, por lo general solapada y pertinaz, a denigrar, mancillar, descalificar, destruir las bondades y los atributos de ese ser que los encarna.

Ciertas consideraciones sobre los resultados de la consolidación narcisista ayudan a pensar el origen de estas manifestaciones. Un narcisismo menoscabado en su capacidad de sostener pulsionalmente al sujeto en su sentimiento de sí y en la orientación placentera de su deseo hacia el mundo objetal posibilita: a) tanto que el destino pulsional encauce su meta hacia la autodenigración, estado emocional-afectivo que aprisiona al sujeto; b) o que la encauce hacia una consumación destructiva de aquel cuyo logro es ostensible en comparación con lo que el propio sentimiento de sí le provee al sujeto envidioso.

El sentimiento envidioso es el resultado de cierto devenir histórico del empuje pulsional.

Muestra el fracaso narcicista en sostener una identidad que pueda regular su autoestima de un modo apropiado.

Es la expresión de una imposibilidad vincular de asegurar la coexistencia sin que esta implique menoscabos de algún miembro del vínculo.

Es la construcción de una ética del deseo que se orienta a la destrucción y no hacia el encuentro amoroso con el otro.

La ligadura pulsional envidiosa, por ello, promueve vínculos intersubjetivos en los que el ejercicio del poder adquiere una finalidad ominosa.

Se requiere del objeto para degradarlo. La meta de la descarga ha alcanzado su realización a través de un fin específico que implica el ataque al objeto; el criterio de realidad que alienta a ese movimiento va más allá del principio de realidad freudiano, el fin no es adaptarse apropiadamente al medio para obtener una realización placentera, es degradar al medio como único camino para la autoafirmación

El carácter envidioso incluye a la envidia como una cualidad subjetiva preeminente en el modo de ser. El sujeto envidioso sostiene al objeto envidiado como complemento necesario del influjo degradante que lo reafirma.

En los confines de la subjetividad la pulsión sostiene ese destino alcanzado.

Los distintos matices del narcisismo y de la envidia expresan los diversos avatares de la inscripción pulsional en la estructura.

La siguiente cita de Paul Ricoeur (2003, p. 60) convalida epistemológicamente el camino conceptual hasta aquí recorrido:

*No hay continuación del sentido sin un mínimo de comprensión de las estructuras.*



**Resumen:** Este trabajo abre una reflexión sobre la base representacional, tanto desiderativa como narcisista, que sostiene a los diversos destinos pulsionales. Plantea que los destinos de pulsión, en parte, se definen a través de las sucesivas transformaciones por las que atraviesa el narcisismo originario. La imagen de sí que consolida la subjetividad se sostiene en función de esa investidura libidinal narcisista de origen pulsional que da figurabilidad representacional a la identidad alcanzada. El engrama afectivo en sus diversas variables es, a su vez, el representante pulsional que modula las descargas placenteras y displacenteras en el contexto subjetivo alcanzado. La envidia, siendo un arquetipo afectivo universal, no deja de ser un producto históricamente sobredeterminado que condiciona un destino subjetivo sometido a intercambios vinculares ominosos. El reconocimiento de esta doble dimensión representacional-pulsional, la narcisista y la desiderativa, puede facilitar una articulación metapsicológica más precisa de los fenómenos intersubjetivos observables en el decurso de los procesos psicoanalíticos.

**Descriptor:** Pulsión, Representación, Narcisismo, Envidia.

*Envy and Narcissism: the drive representations*

**Summary:** This paper addresses the problem of drive destinations and representational basis that sustains them. It ranks the successive transformations of narcissism as an inescapable destiny of the drive. The image of itself involves a libidinal investment of instinctual origin that representationally sustains the achieved identity. Affective engram, which representationally channels pleasurable and unpleasant shock, is another channel that gives psychic figurability to the drive. Envy, archetypal affective dimension is plausible therefore if defined as a historically overdetermined metapsychologically affective construct conferring a destination relationship to the drive movement. The epigenetic modulates the economic, enriches the topic, has incidence on the dynamic promoting process that historicize in a linked manner the subjective. Instinctual destination and intersubjectivity thus acquire a more accurate psychoanalytic articulation within the psychoanalytical conception.

**Keywords:** Drive, Narcissism, Envy, Representation.

*Inveja e narcisismo: a pulsão e suas inscrições*

**Resumo:** Este trabalho inaugura uma reflexão sobre a base representacional, tanto desiderativa como narcísica, que sustenta os diversos destinos pulsionais. Propõe-se nele que os destinos de pulsão são, em parte, definidos através das sucessivas

transformações sofridas pelo narcisismo original. A imagem de si consolidada pela subjetividade se sustenta em função desse investimento libidinal narcísico de origem pulsional que confere figurabilidade representacional à identidade atingida. O engrama afetivo em suas diversas variáveis é, por sua vez, o representante pulsional que modula as descargas de prazer e desprazer no contexto subjetivo atingido. A inveja, enquanto arquétipo afetivo universal, não deixa de ser um produto historicamente sobredeterminado que condiciona um destino subjetivo submetido a relacionamientos sinistros. O reconhecimento desta dupla dimensão representacional-pulsional, a narcísica e a desiderativa, pode facilitar uma articulação metapsicológica mais precisa dos fenômenos intersubjetivos observáveis no decorrer dos processos psicanalíticos.

**Descritores:** Pulsão; Representação; Narcisismo; Inveja.

**Horacio Rotemberg:** Médico Especialista en Psiquiatría. Miembro Titular con función didáctica de APdeBA. Profesor Titular del Instituto Universitario de Salud Mental de APdeBA. (Psicopatología Freudiana). Profesor Titular de la Facultad de Psicología de la USAL. (Psicopatología de la Adulthood—Estructuración de la Subjetividad). Autor de los libros: Estructuración de la Subjetividad (Ediciones del Signo); Estructuras Psicopatológicas e Identidad (Nueva Editorial Universitaria de la Universidad Nacional de San Luis). Vicerrector Académico del Instituto Universitario de Salud Mental de APdeBA (años 2009-2010). Profesor investigador del IUSAM. Profesor emérito de la Universidad del Salvador.

## Referencias

- Freud, S. (1992). Proyecto de psicología para neurólogos. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud*. (Vol. I, pp. 323-436). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado 1895)
- Freud, S. (1992). Tres ensayos de teoría sexual. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. VII, pp. 109-222). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado 1905)
- Freud, S. (1992). Puntuaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. XII, pp. 1-76). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado 1911)

- Freud, S. (1992). Introducción del narcisismo. En J. L. Etcheverry (Traduc.). *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. XIV, pp. 65-98). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado 1914)
- Freud, S. (1992). Pulsiones y destinos de pulsión. En J.L. Etcheverry (Traduc.) *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. XIV, pp.105-134) Buenos Aires Amorrortu. (Trabajo original publicado 1915)
- Freud, S. (1992). 26 Conferencia de introducción al psicoanálisis. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. XVI, pp. 375-391). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado 1916)
- Freud, S. (1992). Más allá del principio del placer. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. XVIII, pp. 1-62). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado 1920)
- Freud, S. (1992). La femineidad. En J. L. Etcheverry (Traduc.), *Obras Completas: Sigmund Freud* (Vol. XXII, pp. 104-125). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado 1933)
- Hinshelwood, R. (2004). *Diccionario del pensamiento kleiniano*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Klein, M. (1980). Envidia y gratitud (Tomo 6, pp. 9-99). En *Obras Completas: Melanie Klein*. Buenos Aires: Horme.
- Lacan, J. (1971). El estadio del espejo como formador de la función del Yo tal como se nos revela en la experiencia analítica. En *Escritos I*. (pp. 11-18). México: Siglo XXI. (Trabajo original publicado 1949)
- Ricoeur, P. (2003). *El conflicto de las interpretaciones. Ensayos de hermenéutica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Rotemberg, H. (2006). *Estructuración de la subjetividad*. Buenos Aires: Ediciones del Signo.
- Rotemberg, H. (2010). La condizione soggettiva e la problemática del male. En *Narcisismo e mentalizzazione* (pp. 13-21). Roma: Alpes.
- Winnicott, D. (1982). Papel del espejo de la madre y la familia en el desarrollo del niño. En *Realidad y juego* (pp. 147-155). Barcelona: Gedisa. (Trabajo original publicado 1967).

